
El carácter misterioso de la verdad en la encíclica «Fe y Razón»

Carlos J. Novoa M., S.I.*

RESUMEN

Este texto busca señalar algunos aportes sugerentes que hace la encíclica «Fe y Razón» a la búsqueda de la verdad como misterio.

* * *

Dios como creador es el trino y el uno; como infinito no es ni el trino, ni el uno, ni nada de lo que pueda decirse, pues los nombres que se aplican a Dios proceden de la criaturas, mientras que Él, en sí mismo, es indecible y está por encima de todo lo que se puede nombrar o expresar.¹

De esta manera el gran filósofo y teólogo medieval, Nicolas de Cusa (1401-1464), más conocido como «el Cusano», nos señala el talante misterioso de toda investigación humana sobre la verdad última de la existencia. Dicho talante se ubica en el corazón de la más pura tradición cristiana cuando ésta experimenta que dicha verdad es tan profunda y vasta, que escapa de todo intento científico o racional por comprenderla, lo cual la convierte en un verdadero misterio.

* Sacerdote jesuita. Decano académico, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Santafé de Bogotá. Doctor en Ética Teológica y profesor e investigador en Ética de la misma Facultad. Licenciado en Filosofía y profesional en Teología de la misma Universidad. Magister en Ética Teológica, Universidad Gregoriana, Roma.

1. DE CUSA, NICOLÁS, *Opera Omnia VII*. Meiner: 1959, p. 62. Citado por: VON BALTHASAR, HANS URS, *Solo el amor es digno de fe*, Salamanca: Ediciones Sígueme, 1990, p. 17.

Con esta presentación busco señalar algunos aportes sugerentes a la búsqueda de la verdad como misterio que hace la encíclica «Fe y Razón».

La encíclica tiene como objetivo central «exponer algunas reflexiones sobre la vía que conduce a la verdadera sabiduría, a fin de que quien sienta el amor por ella pueda emprender el camino adecuado para alcanzarla y encontrar en la misma descanso a su fatiga y gozo espiritual». ² De aquí se infiere que el Papa se dirige a todas las personas que buscan la verdad, o sea, a toda la humanidad, ya que ella se halla en este empeño fundamental. ³

Habla también Juan Pablo II de la verdad como un camino y una vía, de lo que se puede colegir que ella no es algo dado, de carácter inmutable y controlado por una minoría iluminada, sino una búsqueda que concierne a todos. Confirma esta perspectiva la afirmación según la cual la Iglesia participa «del esfuerzo común que la humanidad lleva a cabo para alcanzar la verdad [...] desde la conciencia de que toda verdad alcanzada es sólo una etapa hacia aquella verdad total que se manifestará en la revelación última de Dios: ‘Ahora vemos en un espejo, en enigma. Entonces veremos cara a cara. Ahora conozco de un modo parcial, pero entonces conoceré como soy conocido’ (1 Corintios 13, 12)». ⁴

La encíclica reivindica entonces el carácter misterioso e inagotable de la comprensión de la verdad, el cual hace de ella un proceso de búsqueda constante por parte de todos y no una posesión sempiterna en manos de unos pocos que la imponen a la mayoría. Dada esta gran complejidad, tanto la filosofía como las ciencias en general tienen un papel imprescindible en todo este desarrollo ⁵ y la «Iglesia camina a través de los siglos hacia la plenitud de la verdad, hasta que se cumplan en ella plenamente la palabras de Dios». ⁶

Esta convergencia de la filosofía tiene como correlato la vigencia de su autonomía en el curso de su tarea; por esto la «Iglesia no propone una filosofía propia ni canoniza una filosofía en particular con menoscabo de otras. El motivo

2. JUAN PABLO II, *Encíclica «Fe y Razón»*, Santafé de Bogotá: Ediciones Paulinas, 1998, No. 6.

3. Cfr. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 1.

4. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 2.

5. Cfr. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No.9.

6. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 11.

profundo de esta cautela está en el hecho de que la filosofía, incluso cuando se relaciona con la teología, debe proceder según sus métodos y sus reglas; de otro modo, no habría garantías de que permanezca orientada hacia la verdad, tendiendo a ella en un procedimiento racionalmente controlable. De poca ayuda sería una filosofía que no procediese a la luz de la razón según sus propios principios y metodologías específicas. En el fondo, la raíz de la autonomía de la que goza la filosofía radica en el hecho de que la razón está por naturaleza orientada a la verdad y cuenta en sí misma con los medios necesarios para alcanzarla». ⁷

Constatamos entonces la relevancia de la autonomía filosófica resultado del carácter inconmensurable de la verdad. «De esto resulta que ninguna forma histórica de filosofía puede legítimamente pretender abarcar toda la verdad, ni ser la explicación plena del ser humano, del mundo y de la relación del hombre con Dios». ⁸

En esta misma línea se afirma el aporte de todas las culturas al descubrimiento de la verdad ⁹ y se nos recuerda cómo de «todos modos no hay que olvidar que la Revelación está llena de misterio. Es verdad que con toda su vida, Jesús revela el rostro del Padre, ya que ha venido para explicar los secretos de Dios; sin embargo, el conocimiento que nosotros tenemos de ese rostro se caracteriza por el aspecto fragmentario y por el límite de nuestro entendimiento». ¹⁰

La gran policromía que constituye el camino de la verdad nos lleva a constatar cómo en la Biblia se da «una profunda e inseparable unidad entre el conocimiento de la razón y de la fe. El mundo y todo lo que sucede en él, como también la historia y las diversas vicisitudes del pueblo, son realidades que se han de ver, analizar y juzgar con los medios propios de la razón, pero sin que la fe sea extraña en este proceso. Esta no interviene para menospreciar la autonomía de la razón o para limitar su espacio de acción, sino sólo para hacer comprender al hombre que el Dios de Israel se hace visible y actúa en estos acontecimientos. [...] No hay, pues, motivo de competitividad entre la razón y la fe: una está dentro de la otra, y cada una tiene su propio espacio de realización». ¹¹

7. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 50.

8. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 51; cfr., JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 4.

9. Cfr. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 3.

10. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 13.

11. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», Nos. 16 y 17.

Con justicia llama la atención la encíclica respecto al peligro de conculcar el carácter misterioso de la verdad al encerrarnos en realidades parciales de orden filosófico o científico y no acceder a hondas dimensiones de la persona imprescindibles para su plena realización:

Se ha de destacar que las verdades buscadas en esta relación interpersonal no pertenecen primariamente al orden fáctico o filosófico. Lo que se pretende, más que nada, es la verdad misma de la persona: lo que ella es y lo que manifiesta de su propio interior. En efecto, la perfección del hombre no está en la mera adquisición del conocimiento abstracto de la verdad, sino que consiste también en una relación viva de entrega y fidelidad hacia el otro. En esta fidelidad que sabe darse, el hombre encuentra plena certeza y seguridad. Al mismo tiempo, el conocimiento por creencia, que se funda sobre la confianza interpersonal, está en relación con la verdad: el hombre, creyendo, confía en la verdad que el otro le manifiesta»¹².

De esta manera el sucesor de Pedro destaca un aspecto relevante de la existencia humana: la centralidad de la dignidad de la persona y el reconocimiento que estamos llamados a hacer de ella desde una praxis real de amor y alteridad. Por esto hay que estar atentos para evitar el desecho de la referida centralidad, como cuando «algunos científicos, carentes de toda referencia ética, tienen el peligro de no poner ya en el centro de su interés la persona y la globalidad de su vida. Más aún, algunos de ellos, conscientes de las potencialidades inherentes al progreso técnico, parece que ceden, no sólo a la lógica del mercado, sino también a la tentación de un poder demiúrgico sobre la naturaleza y sobre el ser humano mismo». ¹³ Un devenir del saber en estos términos está orientado «como ‘razón instrumental’ al servicio de fines utilitaristas, de placer o de poder», el cual genera frutos que «se vuelven contra el mismo hombre». ¹⁴

Colegimos entonces cómo la encíclica argumenta con claridad respecto a la urgencia de caminar en la búsqueda de la verdad desde un horizonte integral. Esto significa para el texto papal que en este camino deben converger las más diversas ciencias, culturas y evidentemente la filosofía y la teología. De igual manera debemos evitar los reduccionismos del conocimiento a una sola corriente filosófica

12. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 33.

13. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 46.

14. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 47.

o a la dimensión fáctica del saber, lo cual nos llevaría a la grave negación de la dignidad humana en su carácter total y de la necesaria indagación del sentido último de la existencia. En este sentido se reconoce la autonomía propia de la filosofía, de la razón, y por ende, de las disciplinas científicas. De esta manera se confirma el irrenunciable carácter misterioso de la verdad.

En consonancia con lo anterior, el Pastor de la Iglesia universal nos urge a no olvidar que una «filosofía carente de la cuestión sobre el sentido de la existencia incurriría en el grave peligro de degradar la razón a funciones meramente instrumentales, sin ninguna auténtica pasión por la búsqueda de la verdad». Abocar dicha cuestión «se hace hoy más indispensable en la medida en que el crecimiento inmenso del poder técnico de la humanidad requiere de una conciencia renovada y aguda de los valores últimos. Si a estos medios técnicos les faltara la ordenación hacia su fin no meramente utilitarista, pronto podrían revelarse inhumanos, e incluso transformarse en potenciales destructores del género humano».¹⁵

Según lo expuesto hasta acá se puede afirmar que la encíclica desenvuelve un sugerente planteamiento respecto a la verdad como misterio, desde el cual el conocimiento es una vía ajena a todo dogmatismo y se conforma como un camino de constante crecimiento creativo, con la estimulante participación de las más diversas instancias y personas. Quiera Dios que esta inspiradora perspectiva del escrito papal nos haga crecer dentro de la Iglesia en la diaconía de la verdad que se nos ha encomendado.

15. JUAN PABLO II, «Fe y Razón», No. 81.